ALEJANDRO MAC-KINLAY

# LA OTRA VENDA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1925

# LA OTRA VENDA

ALEJANDRO MAC-KINLAY

# LA OTRA VENDA

Comedia dramática en un acto y en prosa, original, estrenada en el Teatro del Centro, de Madrid, la noche del 5 de diciembre de 1924.

MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
Calle de las Aguas, 11 duplicado
1925

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| DOÑA CONSUELO MONTEVERDE DE ARCE (39 años) . . . . . . . | Sra. Gil Andrés. |
| ELENA (su hija, 22 años) . . . . . . | Srta. Durán (L.) |
| RODOLFO (su hijo, 20 años) . . . . . | Sr. Galache. |
| DOCTOR DON LEONCIO ARMIÑAN (50 años) . . . . . . . . . . . . . | » Povedano. |
| DON CRISTOBAL DE LAS HERAS (43 años). . . . . . . . . . . . . | » Calvo (R.) |
| TEODORO ALCAÑIZ (amigo de Rodolfo, 21 años) . . . . . . . . . . | » Alvarez Rubio |
| UN CRIADO. . . . . . . . . . . . . | » Pineda. |

La acción en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor:

# ACTO ÚNICO

*Decoración.*—La escena representa el gabinete particular de doña Consuelo Monteverde de Arce. Arreglado todo él con un lujo de buen gusto y algunos muebles antiguos. Una puerta a la derecha, que va a las habitaciones particulares de la señora. En el fondo, otra puerta de cristales que se supone da a una galería. En primer término, a la izquierda, una puerta de escape que cubre un tapiz. Habrá una mesita de escritorio a un lado de la escena, y en el testero de la izquierda, bajo un retrato de familia, se hallará colocado un «secretaire», donde la señora de Arce guarda documentos, cartas, facturas y papeles particulares de interés.

Esta habitación estará empapelada con un damasco de color claro. Habrá grabados antiguos en las paredes y una alfombra, también de color claro, cubriendo el suelo. Habrá, además, jarrones de china con flores naturales para dar un ambiente muy femenil a la escena.

Al levantarse el telón, una criada vestida de negro se lleva sobre una bandejita de plata, unas cuantas hojas de rosas que habrá cogido del suelo.

## ESCENA PRIMERA

*DOÑA CONSUELO, RODOLFO y el DOCTOR ARMINAN*

D.ª CONSUELO ¿De manera, doctor, que usted cree verdaderamente en esa cura maravillosa?

DOCTOR Verá usted, Consuelo. Si he de serle a usted franco, debo empezar por decirle que yo he sido el primero que ha dudado del procedimiento de mi compañero. Como cada médico tiene algo del charlatán, nos imaginamos que los demás lo son también. Pero, amiga mía, ese señor, el doctor Hull, me ha convencido por completo. Su marido de usted está ya perfectamente. Ve casi como usted y como yo, como nosotros, y no ha de tardar mucho en que ustedes se convenzan por sí mismos de este maravilloso milagro que les anuncio lleno de alegría.

RODOLFO ¡Ves tú, mamá, cómo yo llevaba razón! *(Al Doctor.)* ¡Si usted supiera, Doctor, las esperanzas llenas de alegría, que ha tenido mi padre! Cada día había un progreso en su curación. Poco a poco, sus pupilas ciegas, iban haciéndose sensibles a las caricias de la luz. ¡Oh! ¡yo también confío en la total curación! ¿Será hoy, será mañana?... No lo sé, no podemos precisarlo aún, ¡pero será! ¡Será muy pronto, muy pronto! ¿Verdad?

DOCTOR Ya les digo que sí.

RODOLFO ¡Gracias, gracias!

DOCTOR Gracias a la ciencia, y a la ayuda de Dios ¿No acabo de decirles a ustedes que ya v

y que estará definitivamente curado dentro de muy pocos días? ¿Quién sabe si dentro de pocas horas?

RODOLFO — Yo hubiese querido asistir al tratamiento de la enfermedad. Pero esos médicos norteamericanos son lo mismo, o acaso más exagerados que los alemanes y los suizos. ¡Cuidan mucho del enfermo, es cierto; pero velan aún más por sus secretos profesionales!

DOCTOR — Después de todo, es natural que así lo hagan. Mientras la medicina siga siendo un oficio como otro cualquiera, y los médicos tengan que ganar pesetas con ese oficio, tendrán necesariamente que ir a su avío, velando por sus intereses. La filantropía está pasada de moda.

D.ª CONSUELO — *(Que ha permanecido pensativa.)* ¡Usted siempre tan escéptico, doctor!

DOCTOR — ¡Ay! ¡qué quiere usted! A fuerza de codearse con la muerte, acaba uno por hacerse escéptico!

RODOLFO — Pero, a pesar de eso, usted tiene absoluta fe en la cura de mi padre. ¿Verdad? *(Sonriendo.)*

DOCTOR — En eso sí. Ya te lo he dicho, muchacho, no te preocupes. *(Tono muy cariñoso.)*

RODOLFO — ¡Qué alegría!

D.ª CONSUELO — *(Con un tono de voz extraño.)* ¡Sí! ¡qué alegría! *(Con un tono de voz más natural.)* Y ahora, os dejo. Tengo que ir con Elena a casa del notario. Adios, doctor. Hasta muy pronto. *(Dirigiéndose a Rodolfo.)*. Nos veremos en el almuerzo, Rodolfo.

DOCTOR — Adios, Consuelo. *(Sale doña Consuelo.)*

RODOLFO — Hasta luego, mamá.

## ESCENA II

*DICHOS menos DOÑA CONSUELO.*
*Pausa.*

DOCTOR — Bueno, Rodolfo. Te felicito nuevamente por tu alegría, y te digo adios. Yo también me voy.

RODOLFO — *(Contrariado.)* ¿Se va usted?

DOCTOR — Sí, chico... tengo que hacer. *(Rodolfo tiene un ademán de duda. Vacila un momento, y luego se dirige al doctor y le invita nuevamente a sentarse, ofreciéndole una silla.)*

RODOLFO — Doctor: ¡usted es mi amigo! ¡un amigo de verdad!

DOCTOR — ¿Lo dudas?

RODOLFO — No, no.

DOCTOR — *(Extrañado.)* ¡Entonces!...

RODOLFO — Precisamente porque no dudo ni un momento de su amistad, me atrevo a dirigirme a usted, aquí, en el seno de la confianza, para hablarle...

DOCTOR — Habla.

RODOLFO — *(Algo excitado.)* Quiero decirle una cosa que me preocupa y que llega incluso a atormentarme muchas veces.

DOCTOR — *(Muy preocupado.)* Pero... ¿qué te pasa? ¡Estás pálido! Dame el pulso.

RODOLFO — *(Tranquilizándole.)* No, no me pasa nada... pero temo...

DOCTOR — *(Cada vez más interesado.)* ¿Temes? ¿Qué? ¡Habla!

RODOLFO — Sí, sí, hablaré... ¡hablaré ahora mismo! ¡Si no puedo más! *(Confidencialmente y con mucha ansiedad.)* Usted, don Leoncio, ¿no

ha observado la extraña actitud de mi madre desde hace unos días?...

DOCTOR — No.

RODOLFO — ¿Usted no ha notado que mi madre está muy preocupada desde el día en que le dimos la noticia de que había grandes esperanzas de que mi padre recuperara la vista?

DOCTOR — *(Con poca convicción.)* No, no he notado nada...

RODOLFO — Pues yo sí. He notado que está preocupada, nerviosa...

DOCTOR — Pero... ¿por qué? Preocupada, ¿por qué?...

RODOLFO — ¡Está en un continuo sobresalto!

DOCTOR — *(Con un acento de convicción demasiado rotundo para ser verdaderamente sincero.)* Ese estado que dices es cosa muy natural... Tu madre tiene la experiencia propia de sus años. No se deja llevar de la alegría, y si en muchos momentos cree en el éxito de la operación, otras veces temerá también el fracaso... y en estas dudas, su preocupación, no pudiéndola disimular completamente, tal vez tú...

RODOLFO — *(Sin dejarle terminar.)* No, no. Cuando mi padre ingresó en la clínica, porque yo lo exigí, como usted sabe, noté ya en mamá algunos detalles raros...

DOCTOR — *(Con acento grave.)* Nunca he notado la menor cosa.

RODOLFO — *(Dándose cuenta de que el médico no quiere ser franco con él.)* ¿Y tampoco ha observado usted—séame franco—, no ha observado usted la conducta de mi padrino desde ese fecha?

DOCTOR — *(Con marcado acento de extrañeza forzada.)* ¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes?

RODOLFO — *(Exaltadamente.)* ¡Ah! ¡Ya ve usted cómo hay algo que yo debo ignorar cuando usted mismo me pregunta si lo sé!

DOCTOR (*Contrariado y queriendo ser muy persuasivo.*) No, hijo, ¡nada de eso!... Tranquilízate.

RODOLFO (*Con amargura.*) ¡Imposible, don Leoncio!... ¡Usted no comprende lo que pasa en mi alma! ¡No comprende usted mis dudas, ni este temor obscuro que es como el presentimiento de una fatalidad inevitable! (*Rodolfo hunde su cabeza entre las manos en un aire de abatimiento. El Doctor le mira y hace un ademán de lástima con las manos y con el gesto de la cara.*) (*Después de una pausa.*) Doctor, desde hace más de treinta años, ha sido usted no sólo el médico de cabecera, sino el amigo íntimo de toda nuestra familia, y ha contraído usted con nosotros todos una deuda de lealtad que se trata de pagar en este momento al hijo de su amigo. Está usted obligado a decirme la verdad, ¡toda la verdad! ¡Por dura que sea!

DOCTOR (*Emocionado, pero con mucha calma.*) Es precisamente mi profesión de médico la que me cierra los labios. Pero, en vista de lo que invocas de mí, voy a darle un consejo al hombre y al amigo.

RODOLFO (*Muy excitado.*) ¡Pronto!

DOCTOR (*Siempre con mucha calma y muy dueño de sí.*) Primero debes serenarte, porque de nada sirve la exaltación en estos momentos. Escúchame: tu padre vuelve hoy aquí, a las dos.

RODOLFO (*En el colmo de la sorpresa.*) ¿Cómo?

DOCTOR Viene curado.

RODOLFO ¿¡Curado!?... Y ¿cómo no ha dicho usted nada?...

DOCTOR (*Con mucha naturalidad.*) Porque tu padre así me lo ha exigido y yo se lo prometí. Toda su ilusión está en volver a su casa de un modo natural, como si hubiese

salido de ella por la mañana. ¿Podía yo negarle a él el gusto de que os dé una sorpresa? Imposible. Además: el Doctor Hull me ha recomendado que atienda a sus caprichos sin contrariarle. Sobre todo, ahora, durante la convalecencia.

RODOLFO Pero, entonces...

DOCTOR (*Atajándole.*) Si abrigas alguna duda—de la cual yo no puedo ni debo enterarme—, habla con tu madre. ¡Y Dios quiera que ella lleve la paz à tu alma, Rodolfo!

RODOLFO Sí, sí. Tiene usted razón. No se debe dudar de una madre. Pero, ¡hay tantas cosas que yo no me podía explicar más que de una sola manera!... ¡Póngase usted en mi lugar, don Leoncio, y comprenderá qué es lo que ha traído la angustia a mi corazón!

DOCTOR (*Con mucho cariño.*) Vamos, hijo, vamos. ¡Valor!

RODOLFO (*Nuevamente excitado.*) ¡Ah! ¡Luego necesito valor!...

DOCTOR Es decir...

RODOLFO (*Con acento abatido pero muy firme.*) No tenga usted cuidado, don Leoncio... Y, ahora...

DOCTOR ¿Quieres que me vaya?...

RODOLFO (*Vacilante.*) Sí. (*Pausa.*) No. (*Pensando.*) Sí, mejor será que me quede solo.

DOCTOR Adiós, hijo. (*Levantándose.*) Ya sabes.

RODOLFO Sí. ¡Hasta las dos! (*Se marchan juntos por el foro, y a los pocos momentos vuelve solo Rodolfo.*)

## ESCENA III

*RODOLFO solo. Luego un CRIADO*

(*Se pasea impaciente durante unos segundos por la habitación. Enciende un ciga-*

*rrillo, saca de su bolsillo una carta y la lee con atención. Toca después el timbre y a poco entra el Criado.)*

CRIADO ¿Ha llamado el señorito?

RODOLFO Sí, Juan. Dime: anoche, cuando dejé en casa a mi hermana, de vuelta del teatro, ¿estaba aquí todavía el padrino?

CRIADO Sí, señor.

RODOLFO ¿A qué hora se marchó?

CRIADO No se lo podría decir. Ya sabe el señorito que después de la una nos retiramos a descansar y sólo se queda de guardia el que le toca de turno. Ayer noche se quedó la doncella de la señora. Si el señorito quiere, me puedo enterar.

RODOLFO No. Está bien.

CRIADO ¿Desea alguna cosa el señorito?

RODOLFO Nada. Puedes retirarte. *(Sale el Criado. Rodolfo lo vuelve a llamar.)* Telefonea al Nuevo Club; que me manden un coche cerrado, a las dos.

CRIADO Está bien. *(Sale.)*

## ESCENA IV

*ELENA y RODOLFO*

*(Rodolfo, bastante excitado, se sienta y hojea una revista. A los pocos momentos entra su hermana.)*

RODOLFO *(Viendo entrar a Elena.)* ¡Elena! Pero, ¿cómo es eso? ¿Ya estáis de vuelta?

ELENA No. Mamá me espera en casa del notario. Yo vengo, de su parte, para recoger unos documentos que nos hacen falta y que están guardados en su «secretaire». *(Rodolfo hace un gesto de extrañeza.)* Ayúdame

tú a buscarlos. Me ha dicho mamá que están en el cajón de la derecha, metidos en un sobre azul.

RODOLFO (*Con una sonrisa forzada.*) ¡Y mamá te ha dado la llave de su «secretaire»!

ELENA (*Con mucha naturalidad.*) Sí. Aquí la traigo. Mírala. (*Se la muestra.*)

RODOLFO Veamos. (*Se dirigen ambos al «secretaire» y Elena, provista de la llavecita, lo abre. Mientras la muchacha busca el sobre azul, Rodolfo mira unas fotografías que están allí guardadas. Luego, rápidamente, coge un paquete de cartas atadas con una cinta azul. Lo observa un instante, y por su gesto se adivina que conoce la letra del autor de aquella correspondencia ignorada por él. Su hermana le saca de la absorción.*)

ELENA Aquí está. (*Con el sobre azul que acaba de encontrar en la mano y mirando a su hermano, que tiene aún el paquete de cartas.*)

RODOLFO (*Volviendo el paquete de cartas a su sitio.*) Cierra ya. Y márchate, que a mamá no le gusta esperar. Ya conoces su genio.

ELENA Sí, pero es muy buena.

RODOLFO Es verdad. Muy buena, y nos quiere mucho. Pero vete.

ELENA Adiós, Benjamín.

RODOLFO (*Contemplándola francamente.*) Adiós, niña. (*Sale Elena.*)

## ESCENA V

*RODOLFO solo.*

(*Se dirige al teléfono y llama con impaciencia. Contesta el timbre.*)

RODOLFO Central... Central... Sí... ¿Quiere usted hacer el favor de ponerme con el 47-84 de

Jordán?... Sí... Espero... ¡47-84!... ¡Sí!... ¿Quién habla?... ¡Ah, bien!... ¿Está el señorito Teodoro en casa?... ¿Cómo?... ¡Sí! Soy yo, soy yo... Rodolfo Arce... ¿No está?... ¡Ah! Ha salido... ¿Para venir aquí?... ¡Un cuarto de hora!... ¡Pues no ha llegado aún!... Está bien. Gracias... Adiós.

## ESCENA VI

*RODOLFO y TEODORO*

*(Apenas cuelga Rodolfo el auricular del aparato, llega por la puerta del foro Teodoro Alcañiz, elegantemente vestido con traje de calle obscuro, zapatos negros, botines blancos, guantes de gamuza amarillos y un bastón de junco muy claro. El Criado llega con él y lo introduce, abriendo la puerta sin previo anuncio.)*

RODOLFO — *(Viendo entrar a Teodoro.)* ¡Hola, Teodoro! *(El Criado se marcha, dejando cerrada la puerta.)*

TEODORO — *(Saludándole.)* ¡Hola, chico! *(Se quita los guantes.)*

RODOLFO — Acabo de telefonearte a tu casa y me han dicho que venías.

TEODORO — ¡Claro! Estás estos días muy emocionado, y no quiero dejar de verte.

RODOLFO — ¡Gracias! Eres un buen amigo.

TEODORO — Verás. Como os quiero a todos mucho, deseo compartir con vosotros vuestras penas y alegrías. Ahora se trata de una alegría. ¡Tu padre vuelve con la vista recuperada a esta casa, de la cual salió ciego!

RODOLFO — Es cierto, Teodoro. Y vuelve hoy mismo.

TEODORO — ¿Hoy mismo?...

RODOLFO — Sí. Es más que probable que almuerce con nosotros.

TEODORO (*Entusiasmado.*) ¡Dame un abrazo muy fuerte, chico! Me imagino tu alegría inmensa. Ese profesor Hull es un verdadero bienhechor de la Humanidad. ¡Hacer llegar de nuevo la luz a unos ojos que parecían estar cerrados para siempre!

RODOLFO (*Con desaliento.*) ¡Ay, Teodoro! ¿Y crees tú que son solamente los ciegos los que no ven?...

TEODORO (*Con gran descontento.*) Mira, Rodolfo, ¡no empieces, por Dios, con tus filosofías! Te pones insoportable, créeme. ¡Eres el eterno descontento!

RODOLFO No digas.

TEODORO Sí, Rodolfo. Algunas veces me da rabia oirte. Todo lo desmenuzas, todo lo aquilatas. Estás siempre analizando. Los dedos se te antojan huéspedes. ¡Y no hay derecho!

RODOLFO (*Sonriendo con suficiencia.*) ¡No hay derecho! (*Solemnemente.*) Le ruego a Dios, Teodoro, que en tu constante optimismo no sufras alguna vez un verdadero desengaño.

TEODORO (*Con acento de extrañeza.*) Pero, ¿qué motivos tienes tú en estos momentos para quejarte de la vida?... ¡Si todo te sonríe! Tienes una novia preciosa, que te quiere. Tu padre, a quien se le juzgaba ciego para siempre, se cura y regresa hoy al seno de su familia con los ojos resucitados. Tienes una madre que es un modelo de madres, y una hermana... ¡Bueno! ¿Para qué voy yo a hablarte de tu hermana! ¡No tengo ganas de que te burles de mí! A más de todo lo que acabo de enumerar, has obtenido un triunfo merecidísimo, ganándote una plaza en las últimas oposiciones al Cuerpo diplomático. Posees rentas saneadas que cualquiera envidiaría; tienes buen tipo. ¡Oh! ¡Eres un ingrato con la suerte!

RODOLFO — No hables así. Tú no puedes saber...

TEODORO — ¿Qué es lo que no puedo saber?

RODOLFO — Nó, no quiero hablar. *(Rodolfo hace una pausa y se lleva un pañuelo a los ojos.)*

TEODORO — *(Muy asustado.)* No seas absurdo... ¿Qué te pasa? ¡No puedo explicarme!...

RODOLFO — No, no te puedo hablar. Perdona. *(Pausa.)* Es más fuerte que yo. Debo callar, ahora por lo menos. Pero voy a pedirte un favor.

TEODORO — Todo lo que tú quieras.

RODOLFO — Vas a ir a casa de Julia en seguida, y vas a decirle que no puedo ir a verla hasta la tarde. Dile que yo le telefonearé a casa de las de Mendívil.

TEODORO — Cuenta con ello.

RODOLFO — Gracias.

TEODORO — Pues entonces... ¡me voy!

RODOLFO — Espera. Hay más. Quiero que almuerces hoy en el Nuevo Club, y que allí esperes noticias mías. Por el momento, no puedo decirte más.

TEODORO — Ya sabes que puedes mandarme como gustes.

RODOLFO — Sí lo sé. *(Le da una palmada cariñosa en el hombro. En este momento entran en escena por la puerta del fondo doña Consuelo y su hija Elena.)*

## ESCENA VII

*DOÑA CONSUELO, ELENA, RODOLFO y TEODORO*

D.ª CONSUELO — Hola, Teodoro.

TEODORO — Buenos días, señora. *(Dirigiéndose a Elena.)* ¿Cómo estás, Elena?

ELENA — Bien. ¿Y tú?... *(Teodoro y Elena se saludan afectuosamente.)*

RODOLFO — *(A su madre.)* ¿Se arregló todo?...

D.ª CONSUELO — Sí, hijo; me han prometido tener listo el documento para pasado mañana. *(A Teodoro.)* Teodoro, ¿quieres almorzar con nosotros? Almuerza también Cristóbal, el padrino de los chicos.

TEODORO — ¡Muchas gracias, señora! Pero no puedo. Tengo que marcharme ahora mismo. *(Mirando a Rodolfo.)* Me esperan en el golf.

ELENA — *(Burlona.)* Apenas nos das tiempo para admirarte. *(Observándole de arriba a abajo.)* ¡Qué elegancia! Botines blancos, guantes de color de mantequilla, bastón como un fideo de Nápoles... ¡Cuánto te van a admirar en el golf!

TEODORO — *(Con disgusto.)* Tú siempre burlándote.

ELENA — No, chico, si no me burlo. ¡Te admiro!

TEODORO — Pues para que no me admires más, me marcho. Y me marcho picado, ¡que conste! *(A doña Consuelo.)* Señora, a sus pies... *(La saluda.)* Elena... *Elena se dirige hacia él y le aprieta francamente la mano.)*

ELENA — Ya sabes. No seas presumido. Luego después me lo cuentan las amiguitas, ¡y es muy desagradable! *(Elena y Teodoro se dirigen juntos hacia la puerta del fondo.)*

TEODORO — Sí, sí... *(Sale Teodoro.)*

ELENA — *(Mirando desde la puerta al pasillo por donde va Teodoro.)* Adiós. *(Se vuelve.)*

RODOLFO — *(A su hermana, mientras su madre se quita el velillo delante del espejo de la chimenea.)* Oye, Elena. Tengo que hablar un momento a solas con mamá.

ELENA — Bueno. Pues os dejo. Cuando acabéis, llamadme. *(Sale.)*

## ESCENA VIII

*DOÑA CONSUELO y RODOLFO*

D.ª CONSUELO ¿Qué pasa? ¿Ha habido alguna noticia desagradable?

RODOLFO *(Desconcertado.)* No sé, no sé.

D.ª CONSUELO ¡Cómo! ¡No sabes!... ¿No acabas de decirle a tu hermana que quieres hablar a solas conmigo? ¡Tendrás algún motivo! ¡Supongo!...

RODOLFO *(Con acento de pena.)* Sí, pero... ¡Ay, madre mía!

D.ª CONSUELO *(Excitada.)* ¿Qué pasa? *(Con firmeza.)* ¡Quiero saber!

RODOLFO *(Con desaliento.)* ¡Yo también quisiera saber! *(Mirando fijamente a su madre.)* ¡Saber!

D.ª CONSUELO *(Asustada.)* Hijo, ¡no me mires así! *(Cambiando de entonación.)* Ante todo, Rodolfo, ¿quieres explicarme por qué desde hace ocho días observas en casa una conducta tan rara? Comes fuera casi a diario, vienes tarde, apenas si se te ve...

RODOLFO ¿Y si te dijera?...

D.ª CONSUELO ¡Eso mismo: quiero que me digas!

RODOLFO Madre, yo también la encuentro muy cambiada en estos últimos tiempos. ¡Y Dios quiera que sea yo solo quien lo haya notado!

D.ª CONSUELO *(Un poco turbada y mirándole cara a cara.)* ¡No sé a qué te refieres!...

RODOLFO *(Con voz conmovida.)* Mamá, aunque nunca se haya usted quejado, yo sé que ha sufrido usted mucho. Sé también que mi padre no la supo hacer feliz. He asistido a muchas escenas tristes. Mi hermana y yo

hemos sido mudos, pero no inconscientes testigos de vuestros desacuerdos.

D.ª CONSUELO ¡Rodolfo!

RODOLFO *(Con aire resuelto.)* ¡Sí! Aún tengo presente ante mis ojos una de esas escenas dolorosas. Volvíamos Elena y yo del teatro; era un día de Pascua. Habíamos visto una función de Magia, que había despertado en nuestra imaginación un mundo nuevo de ilusiones. Al entrar en este mismo gabinete, la encontramos a usted sentada delante de esa chimenea, ¡llorando! Mi padre se paseaba a lo largo de la habitación, y con el bastón que guiaba sus pasos de ciego, golpeaba el suelo de cuando en cuando... Usted secó sus lágrimas para besarnos, y la *miss* nos llevó después a nuestro cuarto.

D.ª CONSUELO ¡Hijo mío!

RODOLFO Ni Elena ni yo pronunciamos una palabra, pero las lágrimas que usted había enjugado de sus ojos nos quemaban en los párpados. La institutriz encendió la mariposa y apagó la luz de la lámpara; pero aquella noche tardé, estoy seguro de que tardamos Elena y yo mucho tiempo en quedarnos dormidos...

D.ª CONSUELO ¡Calla!

RODOLFO ¡No! Tengo que seguir.

D.ª CONSUELO Pero ¿qué pretendes?...

RODOLFO *(Con acento de gran sinceridad.)* ¡Ahuyentar las dudas que atormentan mi corazón! Y oígame usted bien. Si estas dudas se convierten en realidad, ¡entonces, salvarla! ¡Salvarnos a todos! Pero quiero saber. ¡Perdóneme usted!

D.ª CONSUELO ¡Ah! ¡Esto es horrible!

RODOLFO Pero si ya le he dicho que, aun siendo usted culpable, la perdonaría. ¡Madre! ¡No sólo la perdonaría, sino que la seguiría

queriendo, ¡quizá más que antes!

D.ª CONSUELO ¡Ah! Pero ¡es que sospechas! ¡Tú! ¡Tú! ¡Sospechar de mí!

RODOLFO *(Impresionadísimo, con vivo sentimiento ante el acento de su madre, se va hacia ella con ímpetu.)* ¡Luego no es verdad!... ¡Sí! ¡Sí! ¡Yo lo pensaba! ¡Era un delirio! ¡Ya lo pensaba yo que no podía ser! *(Se arrodilla delante de ella. Con arrepentimiento.)* ¡Perdón, mamá! ¡Perdón!

D.ª CONSUELO ¡Levántate, hijo mío! ¡No te quiero ver así!

RODOLFO ¿Y cómo estar de otra manera después de estos pensamientos insensatos?

D.ª CONSUELO *(Dulcemente.)* ¡Levántate! ¡Te lo suplico, Rodolfo!

RODOLFO Usted no tiene nada que suplicar, yo sí. *(Con pena.)* Ahora comprendo que mis dudas eran casi criminales; pero, usted mejor que nadie, comprenderá que la presencia continua de ese hombre... ¡que no es nadie para nosotros!...

D.ª CONSUELO *(Interrumpiéndole.)* ¿Qué dices?... ¿De quién has sospechado? ¡Dímelo! ¡Tengo derecho a ello! *(Cambiando en una entonación más dulce.)* Pero ¡ponte de pie! ¡Te lo ruego! Y si no es bastante, te lo mando.

RODOLFO *(Se pone de pie.)* ¿Por qué me habla usted así? *(Pausa.)* Ya sé; la he ofendido. Y por eso, una vez más, en nombre de los corazones de sus hijos, le ruego que me perdone. *(Cogiéndole una mano y hablando con mucho sentimiento.)* ¡Mamá!

D.ª CONSUELO *(Que durante todo el párrafo de Rodolfo, llora silenciosamente.)* No tengo nada que perdonarte. Pero sufro, hijo mío. *(Con gran desaliento.)* Y dime... la persona a que te refieres... ¿es?...

RODOLFO *(Sin dejar que su madre termine la frase.)*

¡Sí!... *(Con gran amargura.)* El padrino.

D.ª CONSUELO *(Llorando copiosamente.)* ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

RODOLFO *(Muy cariñoso.)* Pero no llore usted más. ¡Si esto sólo ha sido una alucinación mía!

D.ª CONSUELO *(Con ansiedad y temor, como si temiera confesarse.)* Pero ¿quién te ha dicho?...

RODOLFO Nadie, madre mía. Es decir... me quiso parecer que usted no se alegraba lo suficiente de que mi padre volvía a recobrar la vista... y, aunque yo sabía—ya se lo he dicho—que usted no era feliz con él... *(Titubeando.)* Pues...

D.ª CONSUELO *(Siempre sollozando.)* Te comprendo. ¿Y por qué no me hablaste antes?...

RODOLFO ¿Cuándo? Si apenas hace ocho días que nació en mí este pensamiento para llegar a obcecarme... Sin embargo, no habría tenido valor para hablarle, si don Leoncio no me hubiese dicho esta mañana, al irse usted, que papá volvía hoy curado.

D.ª CONSUELO *(En un grito de horror angustioso y desesperado.)* ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tu padre!... ¡Hoy! ¡Vuelve aquí! ¿Aquí?... ¡Curado!... ¿Ve? *(Señalándose sus propios ojos con las manos. Grito desgarrador.)* ¡Ah!... *(Se echa de rodillas a los pies de su hijo.)* ¡Perdón!

RODOLFO *(Desesperado ante la actitud y las palabras que acaba de gemir su madre.)* ¡Era verdad!... *(Pronuncia esta frase como si hablara consigo mismo.)* Mamá... *(La levanta del suelo con gran solicitud y muy dulcemente.)* Mamá... *(La sienta en un sillón.)* ¿Cómo es posible que exista entre ese hombre y usted?

D.ª CONSUELO *(Con horror.)* No me hables... no me preguntes... Tú no podrías comprender... *(Hace un gesto de desagrado.)*

RODOLFO *(Con acento de gran convicción.)* Discul-

parla, porque es usted mi madre, ¡si puedo!... *(Con un gesto de repulsión hacia su propio pensamiento.)* Pero comprenderla, no la puedo comprender. *(Pausa.)* Y dígame: ¿desde cuándo?

D.ª CONSUELO *(Automáticamente. Hablando en voz baja y muy recalcando las palabras, que caen como si tuvieran un peso grave y duro.)* Hace diez años que todo ha terminado entre nosotros... Cristóbal de las Heras... no es ya otra cosa que el mejor amigo de la familia... *(Rodolfo oye las palabras de su madre, con la cabeza apoyada entre ambas manos, lleno de dolor y como sumido en una profunda meditación.)*

*(Después de una pausa y contemplando la actitud silenciosa de Rodolfo dice, con exaltación que va creciendo con cada nueva frase.)* No me hablas... no me dices nada... ¿Me odias, quizá?... ¡O me desprecias!... *(A gritos.)* ¡Ah! ¡Eso no!... ¡Eso no! ¡De ninguna manera! *(Decididamente.)* Y por dura que sea la confesión, ¡toda la verdad has de oirla ahora mismo!

RODOLFO *(Con arrepentimiento.)* ¡No, madre, no! No necesito que hable usted...

D.ª CONSUELO *(Siguiendo su idea decidida.)* Me casé con él a los diez y seis años. La situación de mi casa exigía que la hija se sacrificase para devolver el bienestar a sus padres. ¡Y yo me sacrifiqué!... El que me llevaba veinte años... La enfermedad que padecía había agriado ya su carácter. ¡Triste noviazgo fué el nuestro! Comprendí mi desgracia antes de que el sacerdote nos hubiese unido para siempre. ¿Comprendes tú lo que es eso?...

RODOLFO ¡Madre!...

D.ª CONSUELO Gradualmente fué perdiendo la vista y yo fuí siempre la víctima de su desesperación y de sus iras, y de sus cóleras... Para en-

gañar los progresos de su enfermedad, comenzó a jugar a la Bolsa. Perdió grandes cantidades. Fué comprometiendo así hasta la paz material del hogar. Bebió... *(Con desesperación.)* ¡Ah! ¡Ah! Vosotros no habéis conocido esto! *(Pausa.)* Después, ciegos del todo sus ojos, parece que cegaron también sus instintos, y más de una vez *(Vacilando al pronunciar las palabras.)* ¡más de una vez, llegó a levantar la mano sobre mí!

RODOLFO *(Horrorizado.)* ¡Calle! ¡Calle, madre! No quiero saber más.

D.ª CONSUELO *(Que continúa sin inmutarse, resueltamente.)* Llegó el otro, el amigo de las buenas y de las malas horas... y... ¡yo te juro que entonces él no experimentaba por mí otro sentimiento que el de la compasión!... El, solo, llegó a calmar un poco la tempestad que arreciaba sobre este hogar. El administró nuestros bienes hasta hacernos recuperar todo y más del dinero perdido. Procuraba suavizar todas las asperezas. *(Pausada.)* Hizo renacer un poco la paz en esta casa. Y la pobre mujer desamparada, que era yo...

RODOLFO *(Interrumpiéndole.)* No me diga usted más... ¡por Dios! ¡Sí! ¡Ahora no solamente la perdono, sino que hasta me parece que la comprendo! *(Pausa.)* Ya, sólo para ese hombre, va dirigido todo mi odio.

D.ª CONSUELO *(Con dolor.)* ¡Hijo!...

RODOLFO *(Con energía.)* ¡Sí, madre! ¡Todo mi odio!... Él no hubiera debido aprovecharse nunca, ¡nunca!, ¡nunca!, de ese impulso de gratitud que usted sentía por él... porque, en una mujer como usted, no podía tratarse más que de gratitud, y no de amor.

D.ª CONSUELO — Te juro que este hombre resistió... ¡que ambos resistimos!...

RODOLFO — *(Con indignación.)* ¡No le defienda usted! ¡Usted no debe defenderlo delante de mí!

D.ª CONSUELO — *(Sentenciosamente.)* Acuérdate de que te he prometido toda la verdad... ¡la triste verdad!

RODOLFO — *(Hirguiéndose súbitamente, como quien ha tomado una máxima y rotunda determinación.)* No. De esto no se puede hablar ya más. Es preciso que sea esta la última vez. Pero el tiempo apremia; mi padre va a volver... hay que tomar antes una determinación, ¡y ya la he tomado! *(En este momento aparece por la puerta del foro don Cristóbal de las Heras.)*

## ESCENA IX

*DOÑA CONSUELO, RODOLFO y DON CRISTOBAL*

D. CRISTOBAL — ¡Hola!

RODOLFO — *(Mirando al padrino.)* ¿Usted por aquí?

D.ª CONSUELO — ¡Cristóbal!... *(Con angustia.)* ¡Ay! ¡Dios mío! *(Se desploma sobre una butaca. Don Cristóbal trata de acercarse a ella.)*

D. CRISTOBAL — *(Asustado.)* ¡Consuelo! ¡Qué te pasa!

RODOLFO — *(Impidiéndole acercarse a su madre.)* ¡Le prohibo a usted acercarse a mi madre!

D. CRISTOBAL — *(Parándose y muy extrañado.)* ¿Y con qué derecho?

RODOLFO — *(Riendo sarcásticamente.)* ¡Ja, ja, ja!... ¿Y es usted quien lo pregunta?...

D. CRISTOBAL — ¿Estás loco?

RODOLFO — Hasta hace unos instantes, creí estarlo. Pero ya, no; ¡estoy cuerdo! ¿Me oye us-

ted, don Cristóbal de las Heras? ¡Estoy cuerdo! Y se lo voy a demostrar a usted bien pronto. Dentro de un momento, mi padre va a volver a esta casa. ¡Curado! De sus ojos ha caído la venda de su ceguera, al mismo tiempo que de los míos caía otra venda: ¡la que me impedía ver en usted al más cobarde de los enemigos!

D. CRISTOBAL (*Indignado.*) ¿Qué dices?

D.ª CONSUELO Rodolfo, ¡calla, por Dios!

D. CRISTOBAL (*Noblemente.*) Déjalo, Consuelo, déjalo que hable.

RODOLFO Usted, don Cristóbal, se ha dado cuenta de que lo sé todo. No puede usted permanecer un momento más en el hogar que ha deshonrado. No puede usted sentarse en la misma mesa que el hombre al que usted traicionó. No puede usted estrechar la mano de mi hermana ni la mía. Por consiguiente, va usted a salir ahora mismo de aquí.

D.ª CONSUELO ¡Hijo!

RODOLFO (*Enérgicamente.*) Ya he dicho que es mi resolución terminante!

D. CRISTOBAL ¡Rodolfo!

RODOLFO (*Inflexible.*) Para que mi padre no sospeche nada, volverá usted más tarde, y, entretanto, buscará usted el pretexto que le parezca más oportuno para despedirse definitivamente. No le será difícil: disimula usted con gran facilidad.

D. CRISTOBAL ¡Esto no puede ser! Escúchame...

RODOLFO ¡No tengo nada que escuchar! Y si aún le queda a usted algún pudor para evitar a esta familia un escándalo ¡márchese, márchese inmediatamente! (*Don Cristóbal permanece siempre de pie sin saber qué hacer. Con una mano se lleva su pañuelo a los ojos. Rodolfo se acerca lentamente, incomodado. Le detiene un grito de su madre.*)

D.ª CONSUELO ¡ Rodolfo !... ¡ Tú no puede hacer eso ! ¡ Eres el único que no puede hacer eso ! ¡ No tienes derecho !

RODOLFO ¡ No tengo derecho ! *(Indignado.)* ¿ Por qué ?

D.ª CONSUELO *(Vacilante.)* Porque... porque... es... ¡ tu padre !

RODOLFO ¡ Mi padre !

D.ª CONSUELO *(Afirmando.)* ¡ Vuestro padre !

RODOLFO ¡ Ah ! *(Se apoya contra una butaca.)*

D.ª CONSUELO *(Acercándose a su hijo.)* ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !... *(El hijo la aparta con dulzura. Dirigiéndose a don Cristóbal que permanece como petrificado.)*

RODOLFO Ahora, más que nunca, es cuando debe usted marcharse. Mi hermana lo debe ignorar todo. Yo cumpliré con mi deber... *(Le tiende la mano. Don Cristóbal le entrega la suya y Rodolfo la estrecha entre sus dos manos.)* Márchese por el jardín, para que él no le vea.

D. CRISTOBAL *(Con pena.)* Tienes razón. *(Pausa.)* ¡ Adiós ! *(Sale por la puerta que conduce al jardín.)*

RODOLFO *(Abrazando a su madre.)* No se desespere, madre. Llevaremos la cruz entre los dos. *(Le seca los ojos. Hay un silencio. De pronto, se oye, dentro, la voz de Elena.)*

## ESCENA X

*DICHOS, ELENA y luego DON PEDRO y el DOCTOR ARMIÑAN*

ELENA ¡Mamá, mamá! *(Entrando.)* ¡Qué alegría!... Aquí está papá. Venid, venid... *(Se dirigen los dos hacia la puerta.)*

*(En este punto se oye la voz del señor Arce, que dice desde dentro.)* ¡Hijos míos!... ¡Consuelo!... ¡Qué alegría!

RODOLFO ¡Sí, papá! ¡Qué alegría! *(Saliendo a su encuentro.)*

TELON RAPIDO

## Obras del mismo autor.

La danza de la cautiva.
Los pescadores.
La embrujada.
La otra venda.
Su hijo.

EN PREPARACIÓN

Al pie del calvario.
Bajo la capa de Arlequín.

Precio: UNA peseta.